

Mis recuerdos de Gáldar son muy lejanos. Tan lejanos como los de una primera infancia. A la casa se llegaba por un estrecho camino bordeado por cercas de piedra viva. A los lados se extendían majuelos con surcos, o los boniatos ya crecidos; más lejos algún medio pañuelo de plataneras. La casa tenía delante un empujado que proyectaba su sombra escueta de rombos, sobre la blanca pared encalada, reverberando al sol. Por los aledaños había matorrales que ya no sé definir. Quizás fueran de zarzas o lentiscos. Sólo me ha quedado grabado, a través del tiempo, un enorme lagarto azul y verde y que vi una vez, mirándome con descaro, fuera de su sombrío habitáculo invernal. Allí estaba, reluciente como una joya, en actitud expectante, esperando su presa al sol.

Dentro, la casa se desenvolvía en torno a un patio empedrado con una galería en cuadrante, sostenida por columnas de vigas de madera, típicas en la construcción isleña, con capiteles en forma de dos largas ménulas. En la parte opuesta a la puerta estaba el armario de la pila, con su piedra porosa, amarilla, cubierta por los culantrillos y el bernegal debajo, amplio, rotundo y lleno de agua tan fresca en el verano, que es una delicia sólo el pensar en ella. Muy cerca de la pila, fuente de la vida, dormitaba el símbolo de la ciencia y de la curiosidad, fuente de la muerte: la lechuga que habían regalado al dueño de la casa, vivía quieta, con sus ojos muy abiertos, parpadeantes, sin ver nada, a pleno sol, y su plumaje hermoso; un ejemplar notable en Canarias, donde no abundan estas rapaces nocturnas. Claro que es posible que, en lugar de lechuga, fuera búho el meditabundo bicho allí encerrado, pues su pelaje sí recuerdo que era negro y pardo y amarillo blancuzco. Pero aquí es corriente la palabra lechuga, mientras que nunca he oído la de búho. De todas maneras éste era quizás el personaje más interesante de todo el cortijo.

Dormíamos, en las frescas habitaciones, sobre colchones puestos en el santo suelo. Y nos discutíamos, en la galería, la posesión de un sillón de esos con cajas de mimbre en los brazos y apoyo debajo del asiento, para sacarlo, y extenderse cómodamente sobre él. También recuerdo, del mobiliario, una mesita de laca medio desvencijada, por algunos sitios, levantada la cubierta, dejando ver el forro de papel de periódicos japoneses.

Por la trasera —se salía por un portón del patio, seguramente almenado y con cruz en la almena del centro, aunque esto no lo recuerdo—

# LA ISLA GALDAR AGAETE

daba la casa a la propia finca, al camino amplio que conducía a las gañanías situadas más altas. Estas eran grandes, con unos arcos de medio punto perfectos. En su interior las hermosas bestias bovinas rumiaban los rolos troceados y el pienso de plantas de millo tierno. Al acercarnos volvían la cabeza con ruidos de cadenas. Había un toro de ojos sanguinolentos que estaba atado con narigón, y era negro y alto.

Un recuerdo más impreciso y vago tengo de la presa. No sé exactamente a qué distancia estaba situada de la casa y de la gañanía blanca. Sólo la veía con un fondo de agua y el potente muro al descubierto. Su piso era de un fango pardo rojizo que imitaba perfectamente al chocolate. Con este barro nos hacíamos figuras de animales: jirafas, hipopótamos, elefantes, los cuales nutrían nuestro jardín zoológico de Las Palmas. En una tarde amarilla recuerdo las figuras de todos contra el sol: de mi padre, del dueño, de unos amigos, del gañán y del mayoral. Este llevaba ganado al monte cercano, de donde venían después los marfileños quesos de flor rezumando grasa. Para guardar el ganado tenía un perrazo enorme. Y a este perro le había puesto el apellido sonoro de uno de los presentes aquella tarde. Varias veces, el personaje en cuestión, don Julián Falcón, hombre serio y mal encarado, se había dirigido al pastor:

—¿Cómo se llama el perro?

—Nada, nada. Pues... mire, usted. No se "m'acurrado" ponerle nombre.

Pero en esto da la malhadada casualidad que, de entre los matorrales, salta un conejo campestre. El pastor no pudo más y largó lo que tenía dentro:

—¡Agárralo, Falcón!

Ni qué decir tiene que la cara del hombre se puso amarilla como la paja al comprender la pifia cometida, mientras que la de don Julián Falcón pasaba de la expresión de asombro a la de ira, con el acompañamiento de las carcajadas de los presentes.

Cuando dejábamos la finca, íbamos en busca de la carretera metidos, casi hasta la cabeza, en los serenos de un borrico tan suave y peludo como el de Juan Ramón. Pisaba las flores caídas como si estuvieran hechas para él. En la carretera nos esperaba el "Super" para regresar a la ciudad, mientras el sueño nos iba invadiendo lentamente.

*Una tarde*

Uno de mis recuerdos más queridos es una tarde de vino con arte románico. La mesa era pequeña, estrecha, bajo el emparrado. El jardín que nos rodeaba, descuidado. Matas de pita savila, viudas, ortigas, claveles. Pero más altas que los asientos de piedra, las desvencijadas sillas de madera, el ambiente verde. Sobre la mesa manchada, los jarros de vino, morados, lila, ciclamen, casi azules de reflejos del cielo. En torno a la mesa, el románico. El románico en las conversaciones. Los primeros vitrales, las grandes rosetas y el recuerdo de San Tróximo de Arlés, pero, sobre todo, los códices miniados. El del Beato Angélico. Todos los beatos. Y la réplica arábiga, dorada, rosa, complicada, de las tracerías morunas. La imaginación divagaba sobre los capiteles del infierno, del cielo, de la tierra, de los demonios, de los ángeles, de influencia armenia y persa. Animales enfrentados, cimacios bizantinos. Y la conversación seguía entre las uvas exprimidas hace ya tiempo.

Fuera, el viento, los rincones desolados, donde quedan los recuerdos muertos, las piedras sin pulir, los jergones reventados, y más abajo el rugiente mar de espumas, las rocas batidas, los cangrejos negros y reptantes, saltarines entre los aristados cantos, puntiagudos, esferoidales, alabeados, espinosos a veces. La espuma verde, blanca, rosa; el nubarrón de la montaña, ocre, y el viento, el viento, el viento. El recuerdo de la mañana era luminoso de playa, más hacia el Norte; los cuerpos aún jóvenes, deslizándose, casi en silencio, entre la salobre ambrosía. Nada quieto, todo vibrante. Niños, gentes ante el bar y una caleta chica, insignificante, una concha rosada, amarilla, perla. El mar estallaba aquí y allá, pero en el centro, el suave oleaje, las zambullidas rápidas, los gritos de alborozo. Ahora todo eso lo habíamos dejado atrás, entre tomateras ya crecidas, con las complicadas hojas tendidas entre las varas, con los frutos aztecas en la enramada verde intenso, profundo, casi oliváceo. Nada dejado al azar. Todo en la precisión de los ca-

minos grises donde no faltan centinelas de palmeras y farallones, lavas lejanas y cenizas volcánicas negras, relucientes. Cuevas blancas de cal, con macetas rojas y geranios rosa. Flores azules, gilbalveras, beroes, beroles, berodes sobre la quieta humedad invisible.

Pero ahora estábamos bajo el emparrado. El vino se acababa y los grados de la conversación crecían. El hombre magro, el hombre gordo, la niña de ojos azules siempre inocentes. Otra mujer alta, aristocrática, con ojos también azules con muchos niños en su torno, algo nimbada, algo a oscura. Nada se ocultaba allí, ni la vieja maquinaria herrumbrosa del pozo, ni el aliento de la marisma, ni el canto agorero de los pájaros de muerte. La radio, en el automóvil, tenía algo de contacto con el mundo de los venenos sutiles. Los ojos se cerraban y se abrían. Las puertas de las iglesias románicas se abrían de fiesta, de misa mayor, canónigos y monaguillos rojos. Seguíamos divagando sobre las estatuas en serie. Los seres enanos del románico de cabeza grande, casi como, de frisos sumerios. Pensaba en el parecido que tienen estos pórticos con el estandarte de Ur. Con carretas tiradas por asnos, marfil en el asta, lapizlázuli en el fondo, puntos negros en el rostro. Los cacharros de barro, las vasijas parecían rotas, algunos cuartos malolientes, escenificados, estratigrafiados. Con recuerdos de otras tardes allí mismo, en un tiempo irreversible, silente entre el ruido de los vasos, del vino derramado, de los trajes de baño aún sin secarse. Los cuervos, los búhos, tejían su aurora de la noche dentro del platanal. Hubiéramos querido ausencias. Las puertas, las campanas de las torres románicas se dormían en el recuerdo: románico de Castilla, de Cataluña, de Francia. Ese románico de Cristos hundidos en rayas negras, de cales coloreadas, parecía que revivía. Ahora era de verdad, la noche. Los carburos, las velas se encendían. Había algo pesado en el ambiente. Una gaviota cayó muerta a nuestros pies. Con ella volvía la realidad. El Quijote, Sancho, Falstaff, Hamlet... Todos marchaban hacia una Danza de la Muerte no escrita, de las que tienen la alegría del vino y el color de la mostaza. Fin entre grandes ágaves. Siniestros, de cuando la luna roja comienza a amanecer.

*Agaeete, Agadir-Anusa, Agrom*

Agaeete es para mí, en el recuerdo ya lejano de la niñez, una caravana de coches familiares dando la vuelta por carreteras y barrancos que no tienen nombre en mi memoria. Coger el "súper" de antes, con la

excursión segura a los pinos de Gáldar y, claro, el estusiasmo, llegarse hasta el hotel de los Berrazales, con una mona atada a un palo, y después subir a los baños de Agaete, siempre inseguros en su situación, siempre llenas de limaduras de hierro sus aguas. La mona tenía que ver con algún rey que mordió, y las aguas con un imán.

Y como uno no puede prescindir de aquello que dijo Marañón un día en Toledo, Agaete trae recuerdo de la Agadé cáldica, del oasis de Agem, al sur del Sahara, de Agader Azafar, en el Sus, al sur de Tarudant, del Agades del pleno Sahara, de Agadir de Tlemecen, en Argelia, y del Agadir-Anusa del Marruecos eterno de los ojos de alberca. No dicen, sin embargo, nada de ancestralismos libicobereberes los pagos de Agaete: el Albercón Viejo, la Calera, las Casas del Camino, el Hornillo, el Moral, el Risco, San Pedro, Las Suertes y Vecindad, todos muestras de una castellanización intensiva.

Sin embargo, Guayera o Guaydra, Montaña Bibiquí, los Llanos de Tumas y Chapon, parecen llevar nombres que por lo menos recuerdan a autóctonos.

En cuanto al nombre de Agaete no vamos a repetir aquí todo lo que de él ha dicho ya Enrique Arques en relación con Gades y Gadir y Agadir. Sólo que siguiendo las normas de la actual gramática amaziga, el nombre de Agaete tendría las formas singulares masculinas *agaet* y *tagaet* y las plurales respectivas *igaet* y *tigaet*, suponiendo que este nombre tuviese femenino. En el diccionario rifeño-castellano del padre Ibáñez, *iggad* es recto, erguido, algo que se parece con el supuesto *igaet*. El personaje llamado Gueton en Tenerife, que después se bautizó como Pedro Bueno, confirma el significado bere-

ber si admitimos la proposición de que uno de los ingredientes fundamentales de la bondad es la rectitud, y que el apellido tomado por el guanche sea sólo la traducción de su nombre pagano.

Otro gran sector por donde se puede mover el interés por Agaete es la Virgen de las Nieves, cuya discusión gira en torno de si es más antigua que la Patrona de La Palma o no lo es. De todas maneras, esta advocación podemos asegurar que no es canaria, ni mucho menos; brillan por su ausencia durante muchos años seguidos las nieves en Canarias para que podamos acordarnos de ellas como patronímico.

Otra cosa curiosa que se atribuyó al término de Agaete es la antigua fortaleza canaria llamada *roma*, o que a oídos españoles así sonó, aunque lo más probable será que los guanches la llamasen algo como *agrom*, en bereber, fortaleza cuadrada.

Por el parecido de nuestra Agaete a través de Agadir, con el nombre fenicio de Cádiz, Agader, vamos a la etimológica analogía semita de esta palabreja. Gadir es en púnico todo lugar cerrado. Agadir, Agader son formas masculinas imprescindibles de cualquier palabra que entre en territorio libicobereber, persistente en el rifeño y en el canario.

La dificultad de la desaparición de la *r* en la palabra Agaete se complementa con otra dificultad: la de haber desaparecido en *roma* la *ag* iniciales. ¿Fueron en el guanche canario dos palabras distintas o una misma? Arques señala que Gader y Cadex fueron dos palabras distintas para designar Cádiz. ¿Roma y Agaete pudieron ser en Gran Canaria los símbolos de la rectitud, la fortaleza y la santidad?

**ANTONIO DE LA NUEZ**



Vista del Puerto de las Nieves (Agaete)